

justa ni mas razonable que sus enseñanzas, ni mas apreciable que sus promesas, ni mas terrible que sus amenazas?»

A todas estas persuasivas razones no respondieron los jueces sino con la fuerza y el poder, y le propusieron la alternativa de sacrificar á los dioses, ó de ser sacrificado á ellos. Victor respondió entonces: «Puesto que dejais á mi arbitrio el elegir, voy á confirmar con las obras las palabras que habeis oido de mi boca; detesto á vuestros dioses, y adoro á Jesucristo; tal es mi postrera resolucion: cumplid ahora con vuestro ministerio.» Inmediatamente pusieron al intrépido confesor en el ecúleo, y le atormentaron por mucho tiempo, sin que él dejase de mirar al cielo é implorar su socorro. Entonces se le apareció el Salvador cargado con su cruz, y le dijo: «Ten buen ánimo, Victor, yo soy quien padezco en mis Santos; yo soy quien sostengo tu valor, y yo seré tu recompensa.» Un torrente de alegría inundó toda el alma del santo atleta al oír estas palabras, tanto que pareció hacerle insensible al dolor, porque cansados los verdugos de martirizarle, tuvieron que volverlo segunda vez á la cárcel.

Durante la noche fué iluminado el calabozo del Santo con una brillante luz, y tres soldados que lo vigilaban, al ver este milagro, se echaron á sus pies y le pidieron el bautismo. Noticiaron al punto este suceso á Maximiano, y mandó atormentar de nuevo á San Victor y matar á los soldados si persistian en ser cristianos, cuya sentencia se ejecutó al momento, porque ninguno de los tres desistió de su resolucion. Respecto á San Victor, quiso el emperador oírle y juzgarle por sí mismo; y á este fin mandó alzar un altar y le propuso que ofreciese holocaustos á sus dioses, prometiéndole toda suerte de favores y recompensas, si le obedecía. Acercándose el Santo como si quisiese complacer al tirano, ti-

ró de un puntapié el altar y todo lo que estaba dispuesto para el sacrificio: accion que se estrañará sin duda, si se la considera por las reglas ordinarias, puesto que debe tenerse el respeto debido á las potestades temporales, aun cuando la ley del Supremo Señor de todas las cosas mande no obedecerlas. Empero á mas de que los impulsos del espíritu de Dios no siempre están sujetos á las leyes comunes, ignoramos muchas circunstancias capaces de justificar lo que á primera vista nos parece irregular en la conducta de muchos mártires. Muchas veces querian los tiranos sorprenderlos con artificios, ó persuadir al público, por una equívoca apariencia, que habian abjurado su fé; y para precaver el escándalo, no les quedaba mas recurso que aquellas determinaciones ó respuestas llenas de una osadía que solo elogios merece.

Mandó Maximiano que cortasen un pié á San Victor, y que moliesen todo su cuerpo en un molino movido á brazo; pero se quebró la máquina, y viendo el tirano que todavia respiraba el Santo, hizo que le cortasen la cabeza, y en el mismo instante se oyó una voz del cielo que decia; *venciste, Victor, venciste.* Mandó el emperador arrojar al mar su cuerpo y los de sus compañeros en el martirio; pero las olas los condujeron á la orilla, y los fieles los enterraron en una gruta, donde se obraron una multitud de milagros. Posteriormente el abad Casiano edificó en Marsella, en honor de San Victor, un célebre monasterio, del que dependió el que habia en Paris con el mismo nombre.

La persecucion se extendió hasta las provincias mas lejanas del Imperio. Degollaron en Numidia á un jóven cristiano, con el pretexto de que rehusaba alistarse en la milicia: llamábase Maximiliano, y su edad no pasaba de veinte y un años; era de ar-

rogante figura y de elevada estatura. Empeñóse el procónsul Dion, en que entrase á servir de soldado, pues entre los romanos todos los jóvenes debian serlo un cierto tiempo, y Maximiliano lo diferia por el peligro, tan inminente á la sazón entre las tropas, de contravenir á la observancia de la verdadera Religion, porque se practicaban mil ceremonias muy contrarias á su santidad, con las que no podia cumplirse sin caer en la idolatría. Mostróse inflexible Maximiliano en el propósito de mantener la fé, aun á costa de su propia vida, y en efecto fué condenado á perderla. Volviéndose entonces hácia su padre, que estaba allí, le rogó diese al verdugo un vestido nuevo que le guardaba; y el padre, cuyos sentimientos no eran menos apreciables, en vez de estremecerse, salió dando gracias á Dios por la feliz muerte de su hijo, de la que participó tambien pasado algun tiempo.

En España, Marcelo, que era centurion en la legion de Trajano, abandonó el servicio militar en el día del cumpleaños del emperador; y este hecho nos descubre claramente el motivo que obligaba á los fieles á no seguir la milicia. «Si es preciso, dijo Marcelo, que los soldados sacrifiquen á los dioses y á los emperadores, dejo desde este momento la espada y el sarmiento» (este era el baston que usaban los centuriones ó capitanes, y el único con que les era permitido castigar á sus soldados). San Marcelo fué remitido para ser juzgado al gobernador de Mauritania, lugar-teniente del prefecto del Pretorio, el cual le condenó á muerte; mas su secretario, que se llamaba Casiano, al tiempo de estender la sentencia, movido repentinamente de impulso de la gracia, tiró al suelo todos los papeles y dió otras pruebas claras de la mudanza que se obraba en su corazon, y en su consecuencia fué condenado á muerte, como San Marcelo, aunque no se ejecutó la senten-

cia hasta pasado un mes de la de este Santo (a). En la Norica, y cerca de la confluencia de los rios Ems y Danubio, fueron martirizados muy bárbaramente hasta cuarenta soldados á un mismo tiempo; y Florian, uno de sus compañeros de armas, quiso serlo tambien de su fé y su martirio, y fué muerto á palos por orden del prefecto, y su cuerpo echado al rio.

Sin embargo, todavia no se habia publicado hasta entonces edicto alguno general contra los fieles; antes al contrario, se conducia Diocleciano con una política tal

(a) El glorioso San Marcelo, centurion ordinario de una de las legiones que solian residir en Leon, consiguió la corona del martirio en la ciudad de Tanger (Mauritania), el 30 de octubre del año 298, y despues de mucho tiempo fué trasladado su cuerpo á Leon donde se venera en un arca de plata en la iglesia parroquial de su advocacion, y junto á ella existia un pequeño oratorio que se dice haber sido la casa en que vivió. Baronio pone en el citado día y año las actas genuinas y legítimas de su martirio. Todos los hijos del Santo y de santa Nonna su esposa, que le sobrevivió, fueron despues mártires. Léase al docto continuador de Florez, tom. 34, trat. 70, cap. 17, pág. 336 y siguientes.

Pocos años antes, esto es, en el 287 ó 288, lograron la corona del martirio las dos santas vírgenes y hermanas Justa y Rufina. Eran naturales de Sevilla, y aunque nacidas en este pueblo, donde tanto dominaban las tinieblas de la idolatría, tuvieron la dicha de ser educadas en la Religion cristiana. Celebrando las mugeres idólatras la fiesta de la diosa Salambona, que era Venus ó la Luna, llegaron á la tienda de las vírgenes, pues estas atendian á su subsistencia con el producto de la venta de vasijas de barro; y diciéndolas que adorasen el ídolo, pidieron les tambien que contribuyesen con dinero para la fiesta. Las Santas respondieron que ellas no adoraban mas que al Dios verdadero y así nada quisieron darles; mas entonces las mugeres gentiles hicieron pedazos cuanto habia en la tienda. Las Santas vírgenes indignadas, no por desacato é injuria, sino por el motivo, hicieron pedazos tambien el ídolo. Con esto las presentaron á Diogeniano, gobernador de la ciudad y provincia, y no pudiendo reducir las á que renegasen de Jesucristo, mandó las estendiesen sobre el potro y les rasgaran sus carnes con uñas de hierro. Encerradas luego en un oscuro calabozo, Justa murió allí mismo, y Rufina dió su espíritu al Criador entre los mortales golpes con que le magullaron la cabeza. Mas no satisfecha la ferocidad del tirano con el sacrificio de las inocentes víctimas, mandó arrojar en un pozo el cuerpo de Justa, y quemar el de Rufina. Las cenizas de esta fueron despues recogidas por Sabino, obispo de Sevilla, y sepultadas honrosamente, juntas con el cuerpo de Santa Justa, en un cementerio fuera de la ciudad.

(N. del E.)

que hacia la mayor confianza de ellos, y los cristianos ocupaban cerca de su persona muchos cargos y empleos importantes. Ellos custodiaban las insignias imperiales, las piedras de valor y el tesoro; en una palabra, el número de los fieles que estaban ocupados en palacio era bastante crecido para formar el objeto de la solicitud pastoral de los mas ilustres prelados. Asi se infiere de una Epístola de Teonas, obispo de Alejandria, al chambelan Luciano, dirigida á exhortar en general á todos los que estaban empleados cerca del emperador á que desempeñasen sus encargos de una manera tal, que el nombre del Señor fuese glorificado hasta en las cosas mas ínfimas.

«Ya que el emperador, dice esta docta Epístola, os confia su persona con la seguridad de que le sereis mas fieles que los que tienen otra idea que vosotros del Señor, aprovechaos de este favor para el honor y progresos de la fé. Procurad estar siempre en gracia del príncipe; y cuando le fatigue el peso de los negocios ó las peticiones de los importunos, haced de modo que encuentre en vosotros dulzura y amenidad, frente serena y corazon franco; en una palabra, la alegría y la tranquilidad. Sed limpios sin afectacion, y de buen humor sin indecencia.» Despues da Teonas las correspondientes instrucciones al bibliotecario de la córte, que era tambien cristiano. «Muestre, dice, ante el príncipe, que da la estimacion correspondiente á los poetas, á los historiadores y á los filósofos; procure que lea los libros que le pueden enseñar sus obligaciones; póngale á menudo á la vista el ejemplo del rey Ptolomeo-Filadelfo, que procuró con tanto empeño se hiciese una buena version de la Escritura sagrada; y elogie cuanto le sea posible en sus discursos el Evangelio y los libros de los Apóstoles para venir asi insensiblemente á hablar de Jesucristo.» Estos prudentes avi-

sos de Teonas disipan toda sombra de imprudencia é indiscrecion con que muchas veces se pretende mancillar algunas de las acciones de los primeros fieles, ó algunos de sus discursos, alterados quizás maliciosamente; pues en todos tiempos la cordura Evangélica ha llevado mucha ventaja á la avaricia y ambicion, principalmente por lo tocante al respeto debido á las potestades legítimas en todo lo que no se opone á deber.

Diocleciano llegó á poseer bastante conocimiento del cristianismo para distinguir los verdaderos fieles de los hereges, y fué el primero que publicó un severo edicto contra los maniqueos, por el que condenaba á las llamas sus personas y escritos: disposicion que siguieron despues algunos emperadores cristianos, pareciéndoles indispensable para la conservacion de las buenas costumbres y el mejor orden en sus Estados. Pero en este edicto de Diocleciano no dejan de notarse algunas preocupaciones vagas contra el cristianismo en general, fundadas en su novedad y en la oposicion que tenia el emperador y todo el pueblo á las religiones recibidas en el imperio; sin embargo, Diocleciano detestaba principalmente á los discípulos y partidarios de Manés, como á monstruos producidos por una tierra enemiga de Roma, en la que intentaban introducir las leyes y costumbres infames de los persas. De este modo se portaba Diocleciano con los cristianos, cuando uno de sus colegas le impelió á tratarlos de un modo harto diferente.

Las necesidades del imperio, acometido de los bárbaros por todas partes, fueron causa de que ademas de los dos emperadores Diocleciano y Maximiano, se creasen en el año 292 dos Césares, esto es, Constancio Cloro, y Maximiano Galerio, pues Hercúleo Maximiano habia alcanzado ya el título de emperador en el año 286. Constancio Cloro,

el mas bien nacido y el mejor de todos estos príncipes, cuyo talentos militar y buen natural le habian grangeado un nombre ilustre en los reinados anteriores, recibió el mando, con título de emperador, de las Galias y de las islas Británicas. Fué elegido con igual título Maximiano Galerio para el gobierno de la Iliria, de la Grecia y de la Panonia baja; era hijo de un aldeano del pais de los Dacios, y toda la cultura de las costumbres romanas no bastó á quitarle mil resabios de su bárbaro origen: su estatura y rostro eran espantosos, y su aire, su andar, el tono de su voz, en una palabra, todo él anunciaba á primera vista la aspereza, la groseria y la inhumanidad. Pero por otra parte era valiente y muy afortunado, y por estas circunstancias habia arribado á los primeros puestos en la milicia. Su mayor satisfaccion era derramar continuamente sangre humana; y estaba tan lejos de horrorizarse á su aspecto, que se cuenta de él que en lugar de criar perros para su diversion, tenia siempre unos grandes osos, y se complacia en ver cómo devoraban á los miserables proscriptos, cuyo espectáculo le agradaba mucho, y en particular mientras cenaba. Tal era el autor de la décima y última persecucion general que duró por espacio de diez años.

Del ódio que Galerio manifestaba á los cristianos, no era menester buscar la causa en otra parte que en su natural malignidad; pero su madre era quien lo fomentaba. Toda aquella raza bárbara é inculta no tenia miramiento alguno, y era ofenderles no adularles en todos sus vicios é imitarles en ellos. La madre de Galerio era supersticiosa en extremo, y todos los días hacia sacrificios y banquetes de carnes inmoladas. Los cristianos, cuyo número era crecidísimo y que por lo mismo no podia permanecer oculta su conducta, se abstenerian de tales funciones; y esto fué para aquella muger, tan

colérica como imperiosa, un delito indisculpable, y no paró hasta hacer que su hijo resolviese su entera destruccion. Mostraba repugnancia en ello el viejo Augusto; pero Galerio se habia ya hecho temible á todos, y le parecia poco no ser mas que César despues de diez ú once años; ademas de que no hacia mucho tiempo que habia ganado una gran batalla contra los persas, y esto le tenia mas ensoberbecido. Asi nadie osó privarle del gusto de regar el mundo con la sangre inocente de los cristianos, y dejar despoblado el Imperio. El sagaz Diocleciano quiso, sin embargo, que se celebrase un consejo, porque siempre consultaba cuando se trataba de mandar lo malo, para disculparse con los otros, mientras que de nadie se aconsejaba cuando queria hacer alguna cosa buena. No hubiera el Consejo contradicho impunemente á las insinuaciones de Galerio; asi su resolucion fué que se persiguiese á los cristianos, y para principiar la egecucion se señaló el día de la fiesta de los Terminales, último del año Romano, que correspondia al 25 de febrero de nuestro año 303, el que pretendia fuese tambien el término de la destruccion del cristianismo, porque nada menos se habian propuesto que su entero exterminio.

Hallábase entonces la córte en Nicomedia; y al despuntar el día, el prefecto del Pretorio, con los principales oficiales del ejército, se apostó, como si fuese á hacer alguna empresa heroica, á la puerta de la iglesia, que estaba en un parage elevado á vista del palacio; y los dos tiranos estaban asomados á las ventanas aguardando el espectáculo para ellos tan agradable. Principióse por derribar las puertas; entraron luego y fueron buscando por todas partes la imágen del Dios de los cristianos; quemaron los libros santos; los vasos sagrados fueron abandonados al pillage, y por últi-

mo queria Galerio que se entregase á las llamas el edificio, pero temiendo Diocleciano que se estendiese el incendio y llegase á ser general, se contentó con hacerlo arruinar enteramente. Al dia siguiente se publicó un edicto en que se mandaba arrasar hasta los cimientos todas las iglesias, quemar los sagrados libros, privar á todos los cristianos de las dignidades, privilegios y honores de que gozaban, y esponerlos á toda clase de malos tratamientos, sin que les fuese permitido quejarse, ni aun reclamar lo que perdiesen en el robo y el pillage; pero todavía no se tuvo por conveniente condenarlos á muerte. Sucedió á este edicto otro que prevenia se arrestase á todos los obispos, y se les obligase por todos los medios posibles á sacrificar á los ídolos.

Empero Galerio no se contentó con esto: hizo quemar secretamente el palacio de Nicomedia, y echó la culpa de esta atrocidad á los cristianos, fingiendo un gran temor y saliendo con una fingida precipitacion á vista de Diocleciano. Cayó en el lazo el desconfiado y medroso viejo, y montado en cólera hizo dar tormento á todos los que estaban empleados en el servicio de su persona para descubrir el promotor del incendio; pero nada consiguió, porque no fueron interrogados los domésticos de Galerio que eran los únicos culpables. A la emperatriz Prisca, muger de Diocleciano, y á su hija Valeria que estaba casada con Galerio, se les instó á que rindiesen homenaje á los ídolos, porque se sabia que eran cristianas, y fueron tan cobardes que lo practicaron. Todos los empleados en palacio que lo resistieron generosamente, como Doroteo, sucesor de Luciano en el cargo de gran chambelan, Gorgonio, Indo, Mardonio, y las vírgenes Domna y Teófila, murieron á fuerza de los tormentos con que los martirizaron. A un cristiano llamado Pedro, á quien amaba tiernamente el viejo Diocle-

no, le condujeron ante él, y negándose á ejercer acto alguno de idolatria, le levantaron desnudo en el aire y le azotaron con tanta crueldad que se le veian todos los huesos del cuerpo; despues echaron sal y vinagre en sus heridas, y le asaron en unas parrillas hasta que murió rogando á Dios por sus verdugos y perseguidores. A los sacerdotes y diáconos los prendian sin formalidad alguna, y por sola su confesion les daban la muerte con todo género de suplicios; como sucedió con Antimo, obispo de Nicomedia, á quien decapitaron.

La vejacion llegó á todas las demas clases del pueblo, pues esparcidos por doquiera los jueces sanguinarios, hicieron las mas diligentes pesquisas, y en poco tiempo llenaron las prisiones de personas de todas edades y sexos. Fueron degollados muchos de los fieles, y mayor número quemado, no uno á uno, pues hubieran faltado verdugos y tiempo, sino en montones y á tropas. Ataron á muchos de una vez y á manera de haces los amontonaron en unas barcas, y con piedras grandes al cuello fueron tirados al mar; en una palabra, la multitud de cristianos proscriptos fué sin número, pues de una sola vez hubo mas de mil en la ciudad de Nicomedia. Lo mismo sucedió en las provincias circunvecinas, en la Grecia, la Tracia, el Asia menor, y hasta en la Siria y el Egipto; en suma, todo el Oriente fué inundado en sangre cristiana.

Enviáronse á Occidente estos decretos, y Maximiano, que ya se habia anticipado á ellos, redobló su rigor contra los cristianos, de modo que solo se libraron de este á la azote las provincias inmediatamente sujetas á autoridad de Constancio. Y aun al principio hubo de disimular este príncipe humano y benéfico, declarando públicamente que todos los cristianos empleados en su palacio que quisiesen conservar sus puestos y cargos debian de sacrificar á los ídolos,

como efectivamente lo hicieron algunos, posponiendo su eterna felicidad á la fortuna precedera de esta vida. Mas se cubrieron de confusion y vergüenza estos apóstatas al ver el desprecio con que los trató su amo, apartándolos para siempre del servicio de su persona, diciendo que no esperaba le fuesen mas fieles que lo habian sido á su Dios. Por el contrario, á los que se mantuvieron firmes y pusieron sus miras en otros objetos superiores á los temporales, les confió la custodia de su persona y de sus Estados, y los honró mas que nunca con su benevolencia.

Los siervos de Jesucristo, á escepcion de los súbditos de este buen príncipe, eran en todo lo demas del imperio el blanco de la rabia de los tres tiranos, ó por mejor decir, de los tres mónstruos que habian tomado como á pasatiempo la resolucíon de aniquilar la Iglesia. Animaba contra ella mas y mas á las potestades del siglo el infierno, rabioso como estaba por las muchas victimas que todos los dias le quitaba; y hasta el cielo mismo, para que á solo él se atribuyera la gloria del establecimiento y conservacion de esta Iglesia, y antes de concederla la paz con un emperador celoso en conservarla, permitió que esta prueba, como que habia de ser la postrera, fuese la mas terrible. Estas reflexiones generales, mas bien que las narraciones particulares, son las que pueden hacernos formar alguna idea de los horrores de la décima persecucíon; porque seria nunca acabar, y abusáramos de la paciencia de nuestros lectores si quisiéramos referir menudamente todos y cada uno de los atroces hechos que en ella acaecieron, sin contentarnos con entresacar los mas notables. Mas puede juzgarse de sus escesos por el plan y las medidas que tomaron los tiranos: cerca de las fuentes, en los mercados y plazas, y generalmente en todas las calles se colocaron ídolos con un número bastante de celadores

para obligar á cualquiera que pasase á ofrecer incienso á aquellos simulacros: de modo que nadie podia ni vender ni comprar en público, ni aun proveerse de agua sin caer de algun modo en idolatria.

Por otra parte, el celo y la fé parecia iban creciendo á competencia con la rabia de los tiranos. Prodigaba el Señor sus gracias á los fieles, y les infundia un valor sobre-humano. *Entonces*, dice Sulpicio Severo, *se ambicionaba la palma del martirio*. En efecto, era preciso que la prudencia de los pastores moderase aquellos fervores, y tenian que ocuparse, mas que en aguijonear á los negligentes, en contener á los temerarios. Hubiérase dicho que toda la Iglesia militante se habia propuesto entrar en un mismo dia triunfante en el cielo; pues hasta las gentes implicadas en los negocios del siglo iban á porfia en el fervor con los obispos y los sacerdotes.

San Sebastian, natural de Narbona, tenia un empleo distinguido en las tropas de Italia, hay quien dice que era capitán de guardias del emperador; pero toda su elevacion y crédito no los empleaba en otra cosa que en proteger á los adoradores del verdadero Dios, y en acrecentar su número reclutándolos hasta en las familias y casas de primera gerarquía, de modo que el Papa llamaba á este piadoso militar el defensor de la Iglesia. Convirtió gran número de romanos de la clase mas principal, entre los que se cuenta á Cromacio, prefecto ó gobernador de Roma. No pudo ocultarse mucho tiempo una fé tan viva y eficaz; Sebastian fué delatado al prefecto del Pretorio, y en atencíon á su empleo y gran reputacion fué remitido al mismo Diocleciano que habia venido á Roma para conferenciar con Maximiano sobre los negocios generales del imperio. El emperador, cuando supo que Sebastian era cristiano, se lo echó en cara como una atroz ingratitud, proponiéndole